

## EL AGREGADO CULTURAL

En 1950, dos años después de la muerte del poeta Antonin Artaud, Albert Nalpas fundó Artaud & Co., una escurridiza sociedad que hasta hoy se dedica, en términos generales, a la «preservación y difusión de la memoria del gran poeta de Francia». Así dice textualmente el eslogan escrito con letras de un rojo ambiguo, más bien rosáceo, en la puerta de las oficinas y que también se reproduce, en mimbres del mismo colorido, en hojas, sobres y tarjetas de presentación. Las oficinas de Artaud & Co., que en realidad son dos habitaciones vetustas parcialmente devoradas por la carcoma, están situadas en el sótano de un hotel, en la rue Serpente, en el 6.º distrito de París.

Los primeros años de Artaud & Co. transcurrieron favorecidos por el supuesto parentesco que existía entre Albert Nalpas y el poeta, cuyo nombre completo era, efectivamente, Antoine Marie Artaud Nalpas. Durante casi dos décadas Albert, acompañado siempre por Delfina, su mujer y vicepresidenta de la compañía, aprovechó la coincidencia de apellidos para hacerse con una serie de documentos y objetos que poco a poco fueron conformando una importante colección. Simultáneamente Albert fue convirtiéndose en el experto por excelencia cada vez que en algún programa de radio o televisión se hablaba del legado poético de Artaud.

En 1968 Michel Trias, un periodista francés de origen catalán, demostró, en un artículo cáustico, la falsedad del

parentesco, pues el verdadero apellido de Albert no era Nalpas sino Nalpassent, de acuerdo con la información que había revelado la misma Delfina al periodista, a la sazón su amante, un amante que ella había aceptado «estrictamente por necesidad» porque Albert Nalpas, o Nalpassent, tenía «una forma abyecta y egoísta de satisfacerse».

Todo esto me lo explicó ella misma cuando después de mucho errar llegué ahí tratando de documentar la historia del paso de Antonin Artaud por Irlanda, una historia crucial para la antología del poeta en la que acababa de embarcarme. Delfina, igual que Trias, era de origen catalán y es probable que este haya sido el motor de aquel amantazgo, aunque ella lo negara rotundamente. «La causa de aquella aventura fue una fijación enfermiza con su padre», puntualizó Albert, y después se me quedaron mirando los dos, como un perro que ha visto que están a punto de lanzarle un palo y, con una ansiedad apenas contenida, espera a que le digan: «Tráemelo». El cáustico artículo que publicó Michel Trias en 1968 estaba destinado a hacer volar en pedazos Artaud & Co., pero su aparición coincidió con la búsqueda de la playa debajo de los adoquines del mayo francés, y aquella bomba letal pasó prácticamente inadvertida. No obstante, Albert Nalpas, o Nalpassent, y Delfina tuvieron que cerrar cinco años las oficinas después de un par de amenazas graves perpetradas por fanáticos del poeta.

Cumplido ese período prudencial, Artaud & Co. volvió a abrir sus puertas y su acción cultural se reanudó bajo el mando de monsieur Lapin, el nuevo presidente, que no era otro que el viejo Albert Nalpas, o Nalpassent, de siempre. Según el poeta irlandés Lear McManus, los Nalpassent, o Lapin, como se apellidan desde 1973, son «a couple of birds», una pareja de pájaros, y lo dice por su acusada tendencia a la artimaña pero también porque tienen algo físico que yo mismo detecté esa primera vez que entré en las oficinas de

Artaud & Co., algo que me hizo pensar en un pájaro reblandecido por una plaga viscosa. Delfina tenía la cara larga, blancuzca y violentada por un par de ojos bulbosos, hipertiroideos, unos labios expuestos con severa tendencia al color lila y un chal azul celeste que le cubría medio vestido y que sujetaba con el puño cerrado a la altura del cuello, como si debajo no llevara nada y temiera quedarse al descubierto; era una mujer rencorosa y de armas tomar pues casi inmediatamente me contaría los detalles de esa turbia afición de su marido que la había llevado, por coraje y por despecho, a acostarse con otro. Monsieur Lapin es un hombre minúsculo de pecho agorriado, doble papada y unos ojos exageradamente separados que por nada le hubieran quedado en las sienes, y que forman un escalofriante triángulo con el espeso bigotito rubio que corona su labio superior.

—Y ¿qué podemos hacer por usted, señor? —me dijo con una voz ronca que me sorprendió porque yo esperaba una voz aflautada, cuando no un trino o un pío.

Se notaba que no recibían a mucha gente aunque estuvieran permanentemente preparados para cualquier visita, ella con su chal azul celeste y él con una americana de solapas recubiertas de pelo de algún roedor. Detrás del escritorio de monsieur Lapin había un inquietante ventanuco que, al estar la oficina en el sótano, era muy alto y no ofrecía más panorama que los zapatos y las pantorrillas de los transeúntes que pasaban por la acera de la rue Serpente. Le conté a monsieur Lapin, y a doña Delfina, que atendía de manera tangencial desde su propio escritorio, la razón que me había llevado hasta ahí. Entonces era yo diplomático en Irlanda, *attaché culturel* de la embajada de México, y estaba en París buscando información para una antología de Antonin Artaud que me había encargado una casa editorial y que yo planeaba ir haciendo en los tiempos muertos que me dejaran mis tareas de funcionario. Hablando con mi

homólogo en la embajada de México en París, había llegado al tema que me tenía entusiasmado: el viaje que hizo Antonin Artaud a Irlanda en 1937, con la misión de devolver el auténtico bastón de san Patricio, que era de su propiedad. Se trataba de una valiosa reliquia que el poeta utilizaba para desplazarse por los cafés de París, como si fuera un bastón común y corriente. Aquella era una historia que yo había oído en Dublín y que había empezado a documentar en la biblioteca del Trinity College, con escasos resultados, aun cuando se trataba de un tema parcialmente irlandés. Mi homólogo, que estaba muy al tanto del mundillo cultural parisino, me había enviado directamente a Artaud & Co. «Es la institución francesa que más información tiene», me había dicho, y eso le repetí exactamente a monsieur Lapin, cosa que lo entusiasmó, lo puso volcánico, lo hizo articular una fogosa carcajada muda que puso a temblar las piezas postizas de su dentadura, y después dejó la cavidad bucal expuesta, abierta de par en par, en un gesto que pronto identificaría como característico y que hacía pensar que monsieur Lapin dejaba así la boca por si la carcajada, finalmente, lograba manifestarse. Así era de extraño monsieur Lapin, y si no fuese porque pronto pude comprobar su deslumbrante erudición, hubiera salido pitando de su oficina.

—Nada nos complacería más que cooperar en un proyecto como el suyo —me dijo ese hombre que tenía veinticinco años cuando murió Antonin Artaud y que ya entonces era inmensamente rico, porque era el único heredero de la fortuna que había producido la mina de diamantes que había explotado su abuelo en Bakú.

«¿Y por qué no deja el sótano y monta una oficina en forma?», le dije cuando ya habíamos desarrollado cierta confianza, durante su primer viaje a Irlanda. «No es un asunto económico», me respondió entonces con su clásica media respuesta, con su tradicional medio decir muy lacaniano, como él mismo clasificaba sus contestaciones misteriosas.

Después de mostrarse muy complacido con el proyecto, me hizo contarle los detalles de mi investigación sobre el poeta, pero antes me preguntó una cosa que lo tenía intrigado:

—¿Cómo es que habla usted tan bien nuestra lengua?

—Mi abuelo nació aquí —le dije—, y yo estudié en el Liceo Francés.

Y después, como quería ganarme su simpatía y sobre todo su apoyo, fui haciéndole una exhaustiva narración de lo que había averiguado, con mi cuaderno de notas en la mano. Gracias a aquella exposición que al principio me pareció incómoda y tortuosa, pues el matrimonio Lapin no me quitaba los ojillos de encima, descubrí que Artaud & Co. era una institución muy seria, porque cuando detallaba los antecedentes del viaje a Irlanda y hablaba, por ejemplo, del rapto que había tenido Artaud con un tambor prehispánico en Cuernavaca, México, monsieur Lapin me interrumpió para preguntarme si sabía que el escritor Malcolm Lowry había estado con Artaud aquella lejana tarde de 1936. Al ver mi cara de asombro prometió que, a su debido tiempo, me enseñaría un par de cartas que podrían serme de mucha utilidad. Yo tenía que haber sido más perceptivo, tendría que haber reparado en que algo iba a pedírseme a cambio de esa valiosa documentación, o quizá sí reparé y me pareció justo que así fuera. Aquellos documentos me llevarían a una región ignota de la biografía de Artaud y esto me permitiría proponer una mirada novedosa sobre su poesía, un elemento nada menor en la empresa que empezaba a acometer. No recuerdo exactamente lo que pensé porque, inmediatamente después, me reveló algo que voltearía de cabeza mi investigación. Me dijo que en Irlanda vivía un poeta que había acompañado a Artaud al centro ceremonial de Tara y que había sido testigo del momento en que devolvió el bastón de san Patricio. Acto seguido anotó en una tarjeta, encabezada por el membrete rosáceo

de Artaud & Co., los datos de Lear McManus y luego, como impulsado por una fuerza que iba más allá de su voluntad, se puso súbitamente de pie y extendió la mano para despedirse, al tiempo que abría exageradamente su cavidad bucal y expulsaba una larga carcajada muda.